

La ciudad levantada

La barricada y otras transformaciones radicales del espacio urbano

*The Revolted City
The Barricade and Other Radical
Transformations of Urban Space*

MANUEL DELGADO
manueldelgado@ub.edu

1. Towards an Ecology of Urban Mutinies

The cities are often shown as settings for significant social events, old and new, produced by altered citizens making insolent demonstrations, where the streets are used by aggressive expressions of protests and disorder. All these events are often called “alterations of the public order”, organized by short-term social groups, which participate without knowing each other, only tied by the common aim of fighting against dominant powers in the city. When historians describe these events, they consider the city as passive settings where all these acts take place. On the contrary, it is seldom admitted to have a different view, taking into consideration a positive role of the morphology of the city, by selecting meaning and behaviors, and making inadmissible others, pushing in this way concrete actions and roles to the citizens. This argument is enough justification for a new branch of the urban ecology in order to explain, not only the history of these acts of revolt, but the role of the physical environment that is the base for these events, the background that, in fact, partially produces them. It is necessary, then, to analyze the concrete city forms and settings, the correlations between the moves of the protesters and the forms where these events take place. Also should be analyzed the order of these

1. Por una ecología de los motines urbanos

Las ciudades aparecen a menudo mostradas como escenarios de y para acontecimientos sociales importantes, presentes o pasados, cuyo protagonismo corresponde a fusiones de viandantes alterados que hacen un uso insolente de la calle o la plaza, convirtiéndola en campo para la expresión vehemente de disidencias o protestas. Se habla de revueltas, insurrecciones populares, revoluciones y, en un grado menor, de disturbios, enfrentamientos y algaradas, lo que el lenguaje legal denomina “alteraciones del orden público”, siempre a cargo de coaliciones provisionales y efímeras de individuos casi siempre hasta entonces desconocidos entre sí, que se apropian del espacio urbano para sus reclamaciones, haciéndolo frente o contra las instituciones dominantes en la sociedad en que viven. Cuando los cronistas del pasado o del presente muestran una ciudad asumiendo tal papel lo hacen de manera que éstas se pueden antojar meros decorados pasivos sobre los cuales se desarrollan las dramaturgias de la historia o la actualidad. En cambio, pocas veces se ha tomado conciencia del papel activo que las morfologías urbanas juegan en el desarrollo de estos hechos, de cómo se constituyen en parte activa de los acontecimientos, en la medida que estimulan o inhiben unos determinados estilos colectivos de actuar —al tiempo que hacen improcedentes o inviables otros— y ponen a disposición de los

behaviors, and the space and time dimensions of the physical characteristics of the cities where these big or small occasional demonstrations are always exploding. We should, then, describe and analyze how these events use city places, how they ignore or find new meanings and uses, or show total insensitivity to their physical qualities. Then the city could be shown as a setting for conflictive behaviors, not as a place for calm, repetitive and easy to forecast, urban life, that is, an addition of behaviors far from any kind of confrontations. We know that urban landscapes can easily be converted into sites for revolt and disobedience.¹

Following Spinoza and Negri, we could consider these cyclical turbulences opportunities to confront two urban processes: urbanism of power, and urbanism of potentiality.² Other analogue confrontations could be: urbanism of states and urbanism of social “boiling”, urbanism of politics and urbanism of the political dimensions of the city, defining the forms as an urbanism able to fight against the political power... etc. When the city is revolted the confrontation between these two models of social life, is dramatically shown. One of these models is the bourgeois city, conceived as an ordered and peaceful city without conflicts that cannot be taken into account, and that is easy to adapt to the financial structures and processes of capitalism, by pushing an accelerated “modernization”. On the other side of the river, the marginalized social groups, the old working class, or the new dangerous social entities, disobedient and difficult to control by the official institutions, produce authentic cultural forms and use intensively public urban space either in normal situations or in exceptional events. There is, then, a confrontation between two different forms of considering the city: two different ways of appropriation of it. Each one has a diverse image of what an inhabitant must be. One

actores una red de funciones y significados que acaban determinando total o parcialmente el curso y las maneras de lo que ocurre o va a ocurrir.

La percepción de tal carencia explicativa sería razón suficiente para el proyecto de una suerte de ecología de las revueltas urbanas, una subdisciplina de las ciencias sociales de la ciudad que atendiera no sólo a los hechos concretos en sí, sus causas y consecuencias, sino también y sobre todo al ambiente físico en que se producen y que en buena medida los produce, los entornos formales, los lugares precisos, el sentido de cada movimiento: el orden de puntos y diagramas que generan los movimientos de los protestarios, que traiga al primer plano la dimensión espacial y temporal de los espasmos y las contorsiones que conoce el espacio urbano cuando recibe esos empleos extraordinarios, aunque recurrentes en la historia de cualquier ciudad, que son los grandes o pequeños motines. Se trata de contemplar como éstos se adaptan y adaptan los nichos físicos en que se producen, la manera como lo hacen estableciendo la aptitud, la eficacia, la indiferencia, la capacidad de simbiosis o la idoneidad de un determinado ecosistema, en este caso la propia retícula urbana.

Se contribuiría así a poner de manifiesto como el espacio urbano es ante todo espacio para el conflicto, bien lejos de los supuestos que lo imaginan como una entidad estable y previsible, sometida a ritmos claros y a ocupaciones amables. Sabemos que, a la mínima oportunidad, todo paisaje urbano pueden convertirse en un terreno para al desacato y la desobediencia. La urbe conoce en estas ocasiones la naturaleza última de la vida social que alberga, tantas veces construida a base de injusticias acumuladas, de odios, de agravios, de descontentos, de todo ese magma de impacencias y anhelos con el que amasan las ciudades su propia historia. La vida urbana, en efecto, vive regularmente, como cumpliendo una ley secreta, momentos de y para la irritación, se exagera, registra una efervescencia

is centered into the abstract figure of a correct citizen with a correct behavior totally foreseeable, the other form is perceived from the power as a dangerous mass of people, as unpredictable crowds made of social groups able to convert the city into revolted settings inhabited, then, by people easily qualified as "rabble" or "mob".

This ecology of the revolted cities that I am looking for, should be developed following two different axes: the first focused into the movements of people, the displacements, the second centered around the use of settlements. The latter should analyze the way people use their own settlements as bastions, as defensive places, in order to impose new urban rules and transform the city. The strategic factor is here the concentration and the expression of feelings of self-defense and frustration. There exist, in these cases, social reasons for the confrontation, and real facts that justify the common aims and expression of a permanent process of social interaction in specific settlements. In spite of the poor conditions of these neighborhoods, in the slums, suburban or old city centers, they are able to contain and host these social processes. To concentrate is, then, analogous to concert.

We find, in this way, good conditions for revolt, thanks to common needs and aims concentrated in specific settlements. Day by day people can interact face to face, and communicate. They can "take the streets", moreover, "our" streets, that facilitate a permanent awareness for revolt and confrontation. The city is, then, a perfect setting for increasing social knowledge about those common urgent needs and injustices to overcome, because more and more the only way to express our feelings is, again, a common and energetic revolted action.

We can now consider the second axis of this ecology of the revolted cities, going

especial que se impone con claridad a los sueños de orden y organicidad de arquitectos y urbanistas y convierte la obra de estos en escenario e instrumento para la combustión social, aquella de la cual pueden derivarse y se derivan constantemente realidades espaciales no fiscalizables. Los acontecimientos revolucionarios o las protestas populares —al margen de cuál sea su causa; de lado de cualquier valoración moral o política— siempre implican un desacato de un proyecto espacial del proyectador que no puede ser otra cosa que pura representación. De pronto, por la causa que sea, fusiones sobrevenidas —de grandes muchedumbres que se mueven majestuosamente a piquetes reducidos que van ágilmente de un lado a otro— convierten la metrópolis en cualquier cosa menos la organización clara y legible con que sueñan los urbanistas, y hacen de ella, de pronto, una urdimbre súbita y arisca, sometida a códigos desconocidos. Se habla, pues, de territorializaciones insumisas, actuaciones colectivas que implican formas *otras* de manipulación de la forma de la ciudad, creaciones efímeras pero en extremo enérgicas que funcionan en la práctica como expresiones de un urbanismo, una ingeniería urbana y una arquitectura alternativos a los institucionalizados.¹

Evocando a Spinoza y a Negri, hablaríamos entonces de cómo las turbulencias sociales que conoce el espacio exterior de toda ciudad de manera cíclica —de las revoluciones a los "incidentes"— son otras tantas oportunidades de ver enfrentarse a dos urbanismos: el urbanismo del poder y el urbanismo de la potencia.² Otras dicotomías análogas: urbanismo del Estado *versus* urbanismo de lo social en ebullición; urbanismo de la política *versus* urbanismo de lo político, entendido eso último como el relativo a la defensa y la impugnación del poder. En sus convulsiones sociales la ciudad dramatiza, pues, el contencioso interminable entre dos modelos de sociedad urbana. Uno es el que encarna la ciudad burguesa, habitada idealmente y en exclusiva por una clase media autosatisfecha que detesta el conflicto; es

from the ecology of revolted settlements to the ecology of displacements and built open surfaces. We should take into account the itineraries of the revolted crowds or social protesters groups, and analyze the specific links of these displacements with urban frames, symbolic places and institutional buildings. These trails are never neutral or irrelevant, on the contrary, they uncover significant and deep articulations between people and the city, they have a huge ritual dimension that arrives to strategies of surrounding the city center and block it from the periphery, or to end the revolted trail in specific places, always for symbolic and social reasons, never insignificant. The collective demonstration can finish in a public square or in front of a significant building, in both cases the end is selected as the better metaphorical event for concentration in relation to the motivation of the demonstration. There are massive displacements and concentrations against powerful institutions that are considered as the responsible of injustices. Once these crowds are configured at the meeting point of the demonstration they follow specific relevant urban paths, walking beside buildings, walls or city points considered as significant in relation to the power struggle they represent, or because some important events took place at these concrete city points.

The infamous place is there — building, embassy, square, etc. — it materializes the abstract meaning. The evil users are used. The demonstrators enjoy a sensation of victory that they soon will recognize as illusory. Pierre Sansot, points out that a popular demonstration in front of a place of power: “suddenly dramatizes a conquest of power, with a pathetic dimension”.³ Dorothy Noyes defines this behavior of a group of people in front of a public building: “façade performances, analogue to popular events with the same structure”.⁴

más, que no lo concibe. Una ciudad que se amolda dócil a los requerimientos de la fase de desarrollo capitalista en que se encuentra en cada momento y se muestra dispuesta a incorporarse a las grandes dinámicas de modernización urbana. Del otro lado, al otro lado del río, los explotados y los excluidos; los proletarios de ayer y —aunque no se les reconozca tal categoría— de hoy; las viejas y las nuevas “clases peligrosas”. Ahí está la ciudad de los descontentos, de los pobres, de los ingobernables y de los antagonistas de clase, de género, de etnia, de edad..., todos ellos capaces de generar formas genuinas de cultura —es decir de formas de hacer— basadas en un uso intensivo de la calle y la plaza, tanto en condiciones ordinarias —la vida cotidiana— como excepcionales —la fiesta o la revuelta—. Chocan dos maneras de ocupar el espacio urbano, dos formas de entenderlo, de interpretarlo, de apropiarse de él. Y, de acuerdo con esta incompatibilidad, dos acepciones del habitante y del usuario: la una centrada en la figura abstracta del “ciudadano”, individuo presuntamente libre e igual poseído por “un amor cívico” que se traduce en una conducta adecuada, un espíritu de compromiso con la buena marcha de la ciudad, ávido por colaborar con las autoridades. De la otra, lo que desde las esferas de poder se percibe como una masa permanentemente inquieta e inquietante, compuesta por unas clases o sectores dispuestos en todo momento a convertir su espacio de vida en espacio de lucha y que, a la mínima, pasan a encarnar la temida vieja figura de la “chusma” o la “turba”.

Esa ecología de los movimientos revolucionarios y las movilizaciones de protesta —movimientos y movilizaciones en un sentido literal, esto es el de cambios de posición en el espacio— debería asumir dos grandes ejes temáticos fundamentales: uno centrado en los emplazamientos, otro en los desplazamientos; uno en los enclaves, otro en las superficies y los recorridos. El primero atendería la manera como ciertos espacios en que viven sectores sociales en situación vindicativa

When looking at these representations of the evil aggressiveness can easily be developed. A few exalted individuals organize these aggressions, because they can punish and liberate the building from its blame. They behave as angels of destruction, they purify the city and have the duty of cleaning it. This, in some way, agrees with Henri Lefebvre's opinion about the revolt in May '68 in Paris, when he saw in it a sign of urban and social renewal: "Only the Molotov Cocktail and the bulldozers could change the physical space of the city".⁵ This cleaning will, trying to eliminate physical and social realities, consider urban violence and social change as two sides of the same coin. Protesters want to eliminate buildings filled with political and religious meanings: churches, city halls, military buildings, castles, etc. Lately we know that banks and safe centers have been object of violence too.

These events have a theatric dimension, they ritualize urban spaces, they mask the city. These "casseurs" as they are called in France, work inside the demonstrations and convert the destruction in signs of the revolt, in the same way a typhoon marks its trail with broken roofs and broken windows.

2. Two Different Kinds of Urban Planning

The development of public spaces converts always into a theatrical dimension. The image of angry people walking together in the same direction, with altered voices against power institutions that react often too fast showing weakness. The setting, that is the urban center, place for speculation and political control are supposed to be a guaranty of security and social order. This same place is the site for protest and revolt, and an angry crowd takes stand of it, by asking impossible demands and pronouncing prohibited words of disobedience.

pueden devenir baluartes desde los que expresar una rabia compartida, pero también la convicción de que es posible lograr objetivos transformadores comunes. El factor estratégico es, en estos casos, el de la concentración, es decir, la aceleración-intensificación que en cualquier momento pueden conocer las relaciones cotidianas entre personas socialmente homogeneizadas por su condición subalterna, que, en cuanto emerge el conflicto, pueden hacer la misma cosa, en un mismo momento y lugar, en función de unas mismas metas. Se trata en estos casos de las consecuencias directas de un hecho empírico, pero determinante, como es la comparación física de los involucrados y la existencia de un nicho de interacción permanentemente activo o activable. Por depauperados que fueran o sean los espacios de coincidencia —los barrios populares en cascos antiguos, las grandes concentraciones de vivienda social en periferias urbanas—, estos propician un ambiente estructurante, en el sentido de capaz de desencadenar determinadas relaciones sociales, entre ellas las asociadas a la actuación colectiva en pos de fines compartidos y vividos como urgentes. Concentrar es entonces sinónimo de concertar.

Se vuelven a producir entonces los frutos del factor aglutinante en los procesos de contestación, factor que resulta de la existencia de contextos espaciales que favorecen la interacción inmediata y recurrente. La acción colectiva resulta entonces casi inherente a una vida cotidiana igualmente colectiva, en la que la gente, como suele decirse, *coincide* en el día a día, se ve las caras, tiene múltiples oportunidades de intercambiar impresiones y sentimientos, convierte el propio entorno inmediato en vehículo de transmisión de todo tipo de ideas, rumores y consignas. La contestación, incluso la revuelta, están entonces ya predispuestas e incluso presupuestas en un espacio que las favorece a partir de la facilidad con que en cualquier momento se puede "bajar a la calle", y además a la calle propia, la que se extiende inmediatamente una vez traspasada la puerta

Suddenly, just then, an old process of repression, blind and deaf, starts. These people should be annihilated, destroyed. They represent a disorder that should be eliminated. Police uses immediately all the known means: water jets, truncheons, and sometimes real fire guns. The police acts as a cleaning force able to open again streets and squares by taking away the "dirty" people, in order to reinstall the free circulation of cars and "normal" users. These "forces of order" - who knows why?- have a somber aspect with one unique color and they contrast with the multicolor aspect of the popular crowd of demonstrators, with signs, voices and sounds much more diverse and complex.

In front of the police, barricades are again today as in the past, the unique correct answer. They were known from the XV century. Baudelaire points out "the magic stones that block streets and conform fortresses". The barricades have a practical use, when they control the police displacements, and a symbolic power. Pierre Sansot⁶ talks about urban underground showing outside. The barricade is then the perfect element of a revolted city. Pere López indicates that the barricade is the exact contraposition of the bourgeois monument.⁷

The techniques of these "barricades" have changed. In May 1522 Parisians used "barrels" to stop the army of Henri III. In 1871 the barricades were made by sophisticated architectural designs. In May 1968 — always in May — students used the stones of the pavement, and also burned cars blocking the streets. These techniques are not only useful for practice matters but they claim against our society of capitalism. Since Pierre Sansot⁸ writes about "holocaust of cars", eventhough Citroën 2 CV and Renault 4L were never destroyed because they were qualified as "bikes" for the students.

del hogar. Todo ello en un espacio exterior en que el encuentro con los iguales es poco menos que inevitable y donde es no menos inevitable compartir preocupaciones, indignaciones y, tarde o temprano, la expresión de una misma convicción de que no es sólo posible conseguir determinados fines por la vía de la acción común, sino que puede llegar a ser necesario e inaplazable.

De esta lógica de los enclaves y las implantaciones, pasamos a atender la de las superficies y los recorridos. Nos interesan ahora las prácticas ambulatorias, los senderos que siguen los amotinados para discurrir por una determinada trama urbana y hacerla suya, paseos corales que unen entre sí puntos fuertes de la retícula ciudadana. Éstos pueden ser determinados lugares simbólicamente elocuentes de una determinada trama urbana o los barrios donde se reside con sus respectivos centros urbanos, a la manera de auténticas incursiones. No son casuales los itinerarios que se escogen, casi siempre auténticos senderos rituales, singladuras que nunca escogen al azar los marcos que se atraviesan. A veces, la actividad consiste en cercar la ciudad, sobre todo cuando los descontentos entienden el valor estratégico que tiene su ubicación en las periferias depauperadas que la rodean.

Por supuesto que tampoco son irrelevantes los lugares en los que se citan los extraños que van a fusionarse durante un periodo limitado —las concentraciones— o en los que desembocan las prácticas peripatéticas multitudinarias —variantes iracundas del desfile o la procesión—. Los objetivos escogidos nunca son arbitrarios. Los congregados que acuden a una cita masiva o que marchan juntos pueden elegir como desembocadura un punto considerado significativo de la forma urbana —una plaza, por ejemplo—, pero con frecuencia pueden hacerlo ante una instalación o edificio que consideran de alguna forma interpellable o incluso ofendible como consecuencia de las potencias que se supone que simbólica o realmente alberga. Se trata de caminatas colectivas que culminan

The barricades are extremely dynamic, as the police. The garbage cans are today an excellent tool for the construction of barricades. Molotov Cocktails are still used and some fireworks.

Pierre Sansot^o points out that the materials used by the protesters are “liberated” from the city, it seems as if they “fly away”, desert the city and obtain a new status of glorification and purification. Today, some objects cannot be used. Nobody will cut trees today to stop the police, as was done in May '68 in Paris, a fact that produces strong criticism.

Human history is full of events of repression of a city that denies domination. When the city denies to be dominated it is normally demolished, totally destroyed. Beirut, Grozni, Sarajevo, Bagdad, etc. are modern examples. Other cities have in the last years experienced urban revolts: Buenos Aires, Paris, La Paz, Caracas, etc.

Often these revolts have a short life and they imply now more symbolical changes than real changes. Michel de Certeau¹⁰ states that the Paris revolts in May '68 assumed from the beginning a dimension of self-sacrifice in order to express a social constituent to find a new social awareness, and this is the case in a lot of demonstrations.

Another case of this symbolic and political dimension of the revolt is the “anti-globalization” movement in Genoa, Barcelona, Prague, Nice, Melbourne, etc. the confrontations with the police have often a ritual dimension, where both parts agree upon a limited destruction, even though sometimes casualties occur.

Everybody underline this specific aim of expression and demonstration of discontent, throughout a setting organized for this purpose. Then, even the crowd begin to dress in a ritual manner: Radical anti-global protesters have now a specific kind

en una especie de asalto o toma metafórica de la concreción espacial de instancias de poder que se considera responsables de una determinada circunstancia injusta. Una vez licuada en forma de concentración en un punto de partida, la unidad social generada, y que se identifica como expresión de un sector social afectado por un contencioso u otro, inicia su desplazamiento y se va abriendo paso por determinados canales de la retícula urbana convenientes como pertinentes, deteniéndose en ciertos puntos fuertes del trayecto, para, por fin, hacerse presente, al pie de la letra, ante las puertas o los muros de la concreción física de los poderes considerados culpables o del sitio donde se están produciendo determinados acontecimientos en que el conglomerado humano cristalizado para la ocasión se considera involucrado a favor o en contra.

El lugar infame está ahí —edificio oficial, sede empresarial, embajada, local político...—, materializando la entidad abstracta que alberga. Sus moradores malvados se imaginan como replegados al interior; los reunidos disfrutan de la sensación de que han vivido una victoria, que pronto reconocerán como efímera. Como escribe Pierre Sansot, la manifestación popular ante un centro de poder “dramatiza una conquista de este poder, de una manera patética e inmediata”.³ Dorothy Noyes ha definido este tipo de actividades, basadas en hacerse presente un grupo humano ante un edificio, como “performances de fachada”, actividades ya en la tradición festiva popular bajo modalidades como podían ser las cencerreadas, las coplas y otras expresiones de censura popular ante casas.⁴

Plantados o pasando ante esa representación física del mal de la que el espacio urbano ha de ser liberado, es previsible que se produzcan agresiones, ya sean simbólicas o reales. Con frecuencia quienes las desatan son elementos exaltados que confían en las virtudes mágicas de la acción directa y se abandonan a una tarea purificadora basada en una lógica de “castigar y liberar”. En

of uniform in order to be recognized as “anti-global” subjects.

The police, also, is using theatrical behaviors, they organize themselves as “choreographers”, taking into account the TV and media relevance of these events today. At the end, these revolts take some kind of cinematographic dimensions, either from the films about the Roman Empire, or science fiction films, as was pointed out in relation to the revolts in Seattle in 1999. Pierre Sansot¹ writes about the “big black animals” talking about the police tricks in May '68 in Paris and Michel de Certeau² writes about the students fighting against “Martian” police with black helmets. The TV increases the symbolic power of these events today and pushes more and more people to be aware of the relevance of the representational dimension of the demonstration.

Henri Lefebvre taught us about the spatial dimension of all social practices. Practices and physical forms reinforce each other in an open defiance process. The revolted cities radicalize this general principle.

We can then contemplate the most genuine forms of social appropriation, the most radical and aggressive ways of participation, almost literally “heartbreaking”. Human beings together for the first time, and perhaps, for the last time too. They appropriate spaces and urban forms with new codes and creative processes that perhaps never existed before and never will exist after. This alternative, and ? — urban planning totally different from the one that was forecasted for planners and power institutions, is an urbanism ? and mobile, changing near the real use of the urban spaces. We can detect new topographers, new displacements, new uses and unusual appropriations: It is an unforeseeable map.

We should take this map seriously because it recalls us of the real dimension of a city,

todos los casos, los agresores se consideran a sí mismos como una especie de ángeles exterminadores que ejecutan una misión de limpieza de la ciudad. Con ello, no dejan de darle la razón a Henri Lefebvre, que, ante el espectáculo de las calles de París en Mayo del 68, creía ver en la revuelta un instrumento espontáneo de renovación urbana, la expresión de una voluntad absoluta de modificar no sólo el espacio físico, sino también el espacio social: “Sólo el bulldócer y el cóctel molotov podrían cambiar el espacio existente”.⁵ Esta voluntad de borrar del mapa, en un sentido literal, presencias consideradas intrusas o/y malignas hace que la llamada “violencia urbana” y la violencia urbanística puedan coincidir en una parecida voluntad higienizadora o esponjadora, por mucho que los objetos o paisajes a suprimir sean bien diferentes, tanto funcional como moralmente. Lo que los amotinados desearían ver desaparecer pueden ser volúmenes construidos de significación política, religiosa, económica, civil, etc.: palacios, castillos, cuarteles, templos, edificios gubernativos, sedes de partidos políticos o de empresas, representaciones diplomáticas. En una última etapa hemos visto como los objetivos de estas operaciones concebidas como de castigo y limpieza espacial afectan, además de sedes institucionales, cajeros automáticos, delegaciones bancarias, inmobiliarias, tiendas de moda, establecimientos de las grandes cadenas de comida rápida, oficinas de ocupación...

La lógica de los ataques contra estas presencias malignas también tiene su lógica escénica y responde a una misma preocupación por ritualizar el espacio, por marcar territorio. Los *casseurs* —como son presentados por la prensa en Francia— acompañan las manifestaciones, se infiltran en su núcleo y dese allí van marcando los puntos por los que van pasando, como si quisieran dejar un rastro que hiciera inequívoco el itinerario, como si fueran signos de puntuación traumáticos del recorrido, a la manera de las migajas de pan del cuento. A las pocas horas, las brigadas de limpieza ya han recogido los

different from a totally static form and use, ordered by fixed written laws and unchanged regulations and policies. The city will then be converted again into what has always been: a protoplasmatic infinite hotchpotch of heterogeneous energies, an endless process of fight and passion.

NOTES

1. Pere López Sánchez, "Urbanismo de la calle, en la calle", in *Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909, Madrid: Siglo XXI, pp. 234-241.*
2. Toni Negri, *La anomalía salvaje, Barcelona: Anthropos, 1993.*
3. Pierre Sansot, *Poétique de la ville, Paris: Armand Colin, 1996, p. 115.*
4. Dorothy Noyes, "Els performances de façana a la Catalunya moderna: ostentació, respecte, reivindicació, rebuig", in J. Capdevila y A. García Larios, eds., *La festa a Catalunya, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997, pp. 125-50.*
5. Henri Lefebvre, *La production de l'espace social, Paris: Anthropos, 1974, p. 68*
6. Sansot, p. 115.
7. López Sánchez, p. 216.
8. Sansot, p. 118.
9. Sansot, p. 102.
10. Michel de Certeau, *La conquista de la paraula, Barcelona: Estela, 1979, pp. 11-12.*
11. Sansot, p. 129.
12. De Certeau, p. 12.

contenedores quemados y los vidrios rotos, como respondiendo a la voluntad de borrar las huellas de algo parecido a un fenómeno meteorológico, una especie de huracán humano que ha arrastrado a su paso todo aquello que había sido señalado como indigno de estar, como inaceptable factor de contaminación que es preciso arrancar de raíz del paisaje urbano.

2. Los dos urbanismos

La emergencia de la propia naturaleza polémica del espacio público se concreta en un espectáculo que vemos repetirse una y otra vez. De entrada, la imagen de viandantes que marchan juntos, en la misma dirección, demasiado alterados, a veces incluso coléricos, diciendo unas mismas cosas que no se quisiera escuchar y en voz demasiado alta, increpando poderes en apariencia poderosos, pero que, con su reacción, pronto se revelan mucho más vulnerables de lo que se imagina. El escenario, una vez más el centro urbano, esa provincia que la especulación inmobiliaria, las políticas tematizadoras, la gentrificación y el consumo espectacularizado habían creído suyo y el territorio donde se erigen los palacios gubernamentales y los monumentos más emblemáticos de la ciudad; pero también es la comarca urbana por antonomasia, aquella en la que las cosas y las personas se juntan y se mezclan, donde es posible reconocer la presencia de la historia, tanto la oficial — resumida en los nombres de las calles y los monumentos— como la real. Ese marco conoce, de pronto, la irrupción de una multitud airada que traspasa los límites de la ciudad sagrada donde habitan las más altas potestades políticas, religiosas y económicas y se conserva el pasado y desobedece las órdenes relativas a qué debe y qué no debe pronunciarse, gritando las frases malditas, las reclamaciones imposibles.

Justo en ese momento, una vieja técnica, bien conocida, se vuelve a poner en marcha, ciega y sorda: la represión. Los inaceptables deben ser expulsados de la calle, disuel-

tos, devueltos a la nada de la que los imagina procedentes, puesto que representan potencias que son oficialmente mostradas como ajenas, física o moralmente extrañas al presunto orden que esa presencia no invitada viene a desmentir. La estampa se repite entonces por doquier en el mundo: botes de humo, pelotas de goma, chorros de agua a presión, golpes de porra; a veces disparos con fuego real. La policía irrumpe en escena como garante de la buena fluidez por los canales que irrigan la forma urbana. Ha de hacer lo que siempre ha hecho: desembozar la ciudad, disolver los grumos humanos, drenar los obstáculos físicos que dificultan la correcta circulación de los automóviles, acallar las voces cargadas de emoción, hiperexpresivas, vehementes, de aquellos que han sido declarados intrusos en un espacio —la calle— en que en principio nadie debería ser considerado como tal. Las enigmáticamente llamadas “fuerzas del orden” —¿de qué orden?— conforman una masa uniforme, inevitablemente siniestra —¿por qué los uniformes de la policía son siempre sombríos?—, una especie de mancha oscura en un escenario que hasta su llegada era multicolor y polifónico, y más todavía por el griterío de los manifestantes, por el colorido de los estandartes, las pancartas, las banderas y de la propia diversidad humana congregada.

Frente a eso, las barricadas vuelven a ser, una vez más, como tantas veces antes, el instrumento insurreccional por excelencia, la herramienta que permite obturar la calle para impedir otra motilidad, esta vez la de los funcionarios encargados de la represión, sea el ejército o la policía. Ese elemento —ya conocido desde el siglo xiv— aparece recurrentemente en las grandes revoluciones urbanas del siglo xix y buena parte del xx al tiempo como instrumento y como símbolo de la lucha en las calles. Estas construcciones —a las que Baudelaire describe como “adoquines mágicos que se levantan para formar fortalezas”— han servido de parapetos, pero también de obstáculos, el emplazamiento de los cuales responde a una vieja técnica destinada a retener o desviar afluencias entendidas como amenazadoras,

configurándose a la manera de un sistema de presas que intercepta el desplazamiento de esas presencias intrusas detectadas moviéndose por el sistema de calles. A esa dimensión instrumental, a las barricadas, conviene reconocerles un fuerte componente expresivo. Pierre Sansot hacía notar como la barricada evocaba la imagen de una “subterrneidad urbana”,⁶ que emergía como consecuencia de un tipo desconocido de seísmo. La barricada ha asumido de este modo la concreción literal de la ciudad *levantada*. Sin duda, y como señala Pere López, la barricada es la expresión más genuina de una verdadera arquitectura insurreccional y su sentido último, más allá de su dimensión práctica, debería entenderse como el contrapunto del monumento burgués.⁷

La doble naturaleza instrumental y expresiva de la barricada continua vigente, pero la forma que adopta esta técnica de ingeniería urbana efímera ha cambiado. Las barricadas empezaron siendo murallas hechas con barricas —y de ahí el término *barricada*— y así fueron empleadas por los parisinos para defenderse de los mercenarios de Enrique III, en mayo de 1522. En el París de la Comuna de mayo de 1871 llegaron a devenir auténticos proyectos de obra pública y alcanzaron la categoría de arquitectura en un sentido literal. Los adoquines levantados de las calles configuraron un elemento fundamental en el paisaje insurreccional de las ciudades europeas hasta bien entrado el siglo xx. En el París de Mayo del 68 —siempre mayo— las calles fueron levantadas y se construyeron numerosas barricadas con su empedrado, pero la fórmula más empleada fue la de atravesar coches en las calzadas, volcarlos, con frecuencia incendiarlos. Estas actuaciones no se han visto como meros métodos para irrumpir el tráfico, sino que implicaban una denuncia de la sociedad de consumo que se quería hacer temblar. Esa es la tesis de nuevo de Pierre Sansot, que, hablando del mayo del 68 parisino, se refiere a un auténtico “holocausto de automóviles”, del que, por cierto, se libraron ciertos modelos, como el Citroën 2 CV o el Renault 4L, que eran los vehículos habitualmente

preferidos por los propios manifestantes y que Sansot interpreta que estos homologaban con bicicletas.⁸

Las barricadas son, hoy, tan móviles como la policía. Responden a una concepción sobremanera dinámica del disturbio, como si las algaradas de finales del siglo xx y principios del xxi estuvieran caracterizadas por la agilidad de movimientos, por la impredecibilidad de los estallidos, por la voluntad de impregnar de lucha urbana la mayor cantidad posible de territorio. La barricada se forma, en la actualidad, sobre todo con contenedores de basura, con lo que vienen a renunciar a su estabilidad para devenir, ellas también, como todo hoy, móviles, usadas ya no sólo como protección, sino también como parapeto que puede ser empleado para avanzar contra la policía y obligarla a recular. También han cambiado los elementos que los manifestantes utilizan para defenderse y a veces plantarle cara a la policía. Continúan vigentes las piedras y también los cócteles molotov, los viejos protagonistas de tantas revueltas urbanas a lo largo del siglo xx, pero también son frecuentes los cohetes pirotécnicos, una forma de llevar hasta las últimas consecuencias la festividad creciente de las marchas de protesta.

Acerca de los disturbios urbanos, Pierre Sansot notaba como el pavimento que se arranca, los adoquines, las piedras de las obras, los coches que se atravesaban en los bulevares parisinos, eran —desde el punto de vista del revoltoso— elementos “por fin liberados”, como si los objetos urbanos que se lanzaban levantasen el vuelo y dejaran el suelo al que habían sido atados; como si una fuerza surgiese de la ganga que las aprisionaba a ras de tierra; como si pudieran conocer, gracias al insurrecto, una gloria que la vida cotidiana les usurpaba.⁹ Hay objetos del todo descartados, por mucho que podrían cumplir a la perfección la función de yugular la calle. A ningún piquete de manifestantes se le ocurriría hoy cortar un árbol para hacer una barricada, cosa sí pasó en el París del 68, con una lluvia de críticas que hizo abandonar esta práctica.

La historia está repleta de episodios en que una ciudad ha sido castigada por haberse atrevido a resistirse a una dominación. Cuando una ciudad se niega a someterse, la única alternativa que les queda a los poderosos que la codician —sean sus propias instituciones de poder o ejércitos invasores— es vaciar sus calles a la fuerza —la intervención armada, la ocupación policial o militar, el toque de queda— y, si con ello no basta, sencillamente arrasarla. La lista de metrópolis martirizadas es amplia y, por centrarnos sólo en las últimas décadas, incluiría todas aquellas ciudades que se ha intentado vencer por la fuerza, muchas veces sin conseguirlo del todo: Beirut, Grozni, Sarajevo, Mogadisco, Bagdad. Otras ciudades han conocido en los últimos años grandes revueltas urbanas, que demuestran la vigencia de esa tendencia a llevar hasta las últimas consecuencias la reclamación del derecho de apropiación del espacio público urbano por parte de sus usuarios ordinarios: Buenos Aires, París —y otras muchas ciudades francesas y sus periferias—, Rangún, La Paz, Caracas, Los Ángeles...

En condiciones ordinarias, los “desórdenes públicos” tienen deliberadamente un alcance restringido y en buena medida más expresivo que dañino para cuerpos y cosas. Refiriéndose a las destrucciones provocadas por los manifestantes del Mayo del 68 en París, Michel de Certeau advertía como estas nunca fueron de verdad un cataclismo y asumieron desde el principio y en todo momento un fuerte contenido simbólico, al mismo tiempo que recordaba que ninguna instalación estratégica, ni ninguna sede política o empresarial importante fue importunada por los revoltosos. “Los daños —anota Certeau—, además de los ocasionados inevitablemente por el desorden, provocan más bien el efecto de sacrificios necesarios a la *expresión* de una reivindicación”.¹⁰ Es por ello que de Certeau nos habla aquí de auténticas *luchas rituales*, para enfatizar la relativa vocación destructiva de aquella revuelta, algo que podría ser ampliado a la mayoría de disturbios asociados a marchas civiles, ejercicios de fuerza tan protocolizados como las dramaturgias de

que forman parte y de la que no pocas veces no dejan de ser una especie de prótesis no pocas veces perfectamente prevista.

Esa fuerte carga simbólica no ha hecho más que agudizarse en las grandes movilizaciones urbanas de temática antiglobalizadora, que no han disimulado la fuerte influencia que sobre ellas ha ejercido el lenguaje de la performance y la fiesta. Lo hemos visto a lo largo de los primeros años del 2000 en Génova, Barcelona, Praga, Londres, Niza, Gotteborg, Merlburne... En todos esos casos —y sus versiones menores— los choques entre manifestantes y policías han asumido un carácter fuertemente ritualizado, en los que las cargas, los repliegues y los movimientos de defensa han adoptado un cierto aspecto de juego ceremonial, dominado siempre por la convicción de que la violencia usada será limitada y no tendrá consecuencias irreversibles, aunque no se descarte la posibilidad de algún accidente desgraciado o de algún exceso, como los que en realidad se han producido en ocasiones. Ni los manifestantes —ni siquiera los más hostiles— ni los policías dejan nunca de explicitar este énfasis en la dimensión fundamentalmente escénica de sus actos. Las actuaciones contra sitios considerados encarnación de lo maligno o difusores de corrupción e infamia están orientados por esa misma voluntad dramática. En esa línea, el tipo de vestuario que usan hoy los manifestantes más radicales quiere ser elocuente y la policía y los espectadores son capaces de reconocerlo aun fuera de las marchas de protesta en sí. Esta preocupación por distinguirse acaba generando no sólo un efecto estético, sino estetizante, cuyo destino último es en buena medida mediático. Hoy se puede apreciar una notable tendencia mundial a uniformizar a los propios protestatarios. Los pasamontañas, las sudaderas con capucha, el calzado deportivo..., han acabado perfilando un *look* característico del manifestante radical.

Por descontado que los policías, por su parte, no olvidan tampoco nunca esa dimensión teatral de su actuación.

Los despliegues de los agentes antidisturbios no son simples intervenciones destinadas a alcanzar un cierto objetivo —defender el orden público alterado, dicen—, sino auténticas coreografías en que cada movimiento funciona como un verdadero paso de baile. El producto final muchas veces no disimula sus resonancias cinematográficas. La imagen de los policías de muchas ciudades europeas o norteamericanas avanzando por las calles golpeando con las porras sus escudos, recuerda inevitablemente las batallas de las películas “de romanos”. Con motivo de los hechos de Seattle, en 1999, la prensa ya llamó la atención acerca de cómo los uniformes y el equipo de los antidisturbios parecían extraídos de una película de ciencia-ficción. Pierre Sansot habla de las furgonetas que transportaban a los CRS franceses del Mayo del 68 como “grandes bestias fabulosas en la caída de la tarde, monstruos que se hundían en la noche parisiense”.¹¹ Por su parte, Michel de Certeau decía que los “manifestantes de mayo luchaban contra marcianos negros y con casco”¹² La propia presencia de espectadores es una prueba de esta naturaleza controlada, ritualizada y espectacularizada del disturbio urbano. Su desencadenamiento, en efecto —y los reportajes televisados nos lo deberían advertir— no implica muchas veces que los viandantes tengan que huir y, si la intensidad de la lucha no alcanza un cierto nivel, buena parte de ellos permanecerá en el lugar como público de lo que es vivido como un evento urbano más. Ni que decir tiene que la condición de actualidades retransmitidas que tienen las manifestaciones en la calle no han hecho sino agudizar esa preocupación por la puesta en escena de los eventuales choques posteriores.

Como Henri Lefebvre nos enseñó, toda práctica social practica el espacio, lo produce, lo organiza. La actividad de los usuarios del espacio urbano consiste en trabajar constantemente la temporalidad —sucesión, cadencia, ritmos, articulaciones, encadenamiento de movimientos— y la espacialidad —sincronía, simultaneidad—, siguiendo un acuerdo automático con todos aquellos con quienes

fundan ininterrumpidamente formas sociales que empiezan y acaban allí mismo, lo que genera el despliegue de constantes e ininterrumpidas series de situaciones secuenciadas que generan el contexto en que crean y en que se crean. Esa es la lógica que conduce a la radicalidad de las apropiaciones insolentes del espacio urbano.

Entonces podemos contemplar formas expeditivas de acción social, las más creativas y, por ello acaso, también a veces las más atroces, las más —en un sentido casi al pie de la letra— *desoladoras*. Seres humanos que nunca antes se habían visto y que posiblemente nunca más vuelvan a encontrarse pactan sobre la marcha —y nunca mejor dicho— un manejo expresivo compartido y unificado del espacio público, ocupándolo convertidos en un solo cuerpo y una sola alma. Lo hacen empleando una lógica que es territorial y territorializadora, puesto que se apropian o reapropian de un espacio releyendo sus accidentes en un registro propio y original, distinto por completo del previsto por sus planeadores y sus administradores. Ese urbanismo alternativo —efímero, generado y gestionado a ras de suelo y por sus propios usuarios— es un urbanismo móvil y moviente, puesto que imprime ritmos y formas distintas al sistema urbano, relavitizando la presunción de estabilidad y predicibilidad que el urbanismo oficial le presupone. Vemos prodigarse entonces un orden topográfico autoorganizado, un mapa insólito en que se trazan transcurso inauditos, salpicado de localizaciones imprevistas y de dislocaciones. Son esas territorializaciones insolentes las que nos advierten de hasta qué punto una ciudad no es sólo una forma ordenada o un sistema ordenable y menos lo que en muchos casos quisieran que fuera hoy: un producto en venta y una mera fuente de beneficios. Esos episodios regularmente repetidos de metrópolis levantadas nos recuerdan que toda ciudad es o acabará siendo lo que es: un amasijo infinito, un protoplasma inagotable de lucha y de pasión.

Notas

1. Pere López Sánchez, "Urbanismo de la calle, en la calle", en *Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909*, Madrid: Siglo xxi, pp. 234-241.
2. Toni Negri, *La anomalía salvaje*, Barcelona: Anthropos, 1993.
3. Pierre Sansot, *Poétique de la ville*, París: Armand Colin, 1996, p. 115.
4. Dorothy Noyes, "Els performances de façana a la Catalunya moderna: ostentació, respecte, reivindicació, rebuig", en J. Capdevila y A. García Larios, eds., *La festa a Catalunya*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997, pp. 125-50.
5. Henri Lefebvre, *La production de l'espace social*, París: Anthropos, 1974, p. 68
6. Sansot, p. 115.
7. López Sánchez, p. 216.
8. Sansot, p. 118..
9. Santot, p. 102.
10. Michel de Certeau, *La conquesta de la paraula*, Barcelona: Estela, 1979, pp. 11-12.
11. Sansot, p 129.
12. De Certeau, p . 12.